

Resumen

El fundamento de este trabajo descansa en los inicios de un Estado argentino en formación, precisamente en el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. La pretensión de tomar este documento como basamento para una serie de consideraciones sobre la epistemología, obedece a dos aspectos principales. El *primero* busca privilegiar la bisagra que establece el *Facundo* en la conformación de un país que estaba dejando de ser una nación, para ir transformándose en un Estado con políticas y leyes para todos los habitantes. El *segundo* aspecto a considerar tiene relación con los distintos mecanismos para instaurar sentidos sociales desde los métodos científicos, que se traduce en políticas concretas para trazar los designios de un Estado en formación, y así lograr caminos que destierren otras formas que no se condicen con estos objetivos políticos en su sentido más amplio.

Palabras clave: ciencia- Estado- epistemología- sentidos.

Introducción

En este trabajo tomaremos como guía las presentaciones que realizó el profesor Juan Samaja, en el marco del curso de Epistemología y Procesos Científicos para la maestría Plangesco. Con este sustrato como punto de partida realizaremos una serie de apropiaciones con los conceptos trabajados en esa oportunidad, para luego volcarlos en impresiones sobre la ciencia y la forma de construir sentidos sociales.

El fundamento de este trabajo descansa en los inicios de un Estado argentino en formación, precisamente en el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. La pretensión de tomar este documento como basamento para una serie de consideraciones sobre la epistemología, obedece a dos aspectos principales. El *primero* busca privilegiar la bisagra que establece el *Facundo* en la conformación de un país que estaba dejando de ser una nación, para ir transformándose en un Estado con políticas y leyes para todos los habitantes. Es decir, existía una confrontación entre dos órdenes opuestos; uno que ansiaba perdurar en la visión de un proyecto que provenía desde la colonia española, y que se prolongaba en dirigentes políticos conservadores, y el restante -en la óptica de Sarmiento- renovador nacido de las ideas progresistas de la Ilustración y del modelo económico norteamericano. El *segundo* aspecto a considerar tiene relación con los distintos mecanismos para instaurar sentidos sociales desde los métodos científicos, que se traduce en políticas concretas para trazar los designios de un Estado en formación, y así lograr caminos que destierren otras formas que no se condicen con estos objetivos políticos en su sentido más amplio.

Entonces la ciencia, en este ensayo, será considerada como un trabajo que abarca métodos, reglas y procedimientos que van más allá de las meras innovaciones tecnológicas. Es decir, que el conocimiento será conceptualizado como una forma de autorregulación de la vida humana. En esta autorregulación, el sujeto se determina. Los condicionantes –estructurales, por ejemplo– que trabajan en estos momentos donde el sujeto elige qué rumbo tomar, se convierten en las condiciones de posibilidad para esa autodeterminación.

El recorrido que se propone en este ensayo comienza con los métodos para fijar creencias de Charles Peirce y un conjunto de relaciones establecidas con Sarmiento. Allí se verá, pretensiones aparte, de qué manera Sarmiento en *Facundo* reemplaza el Estado comunal para alcanzar la sociedad estatal. Posteriormente estas apreciaciones tienen como culminación la implementación de una sociedad liberal, donde se dejó a un lado las concepciones que atentaban contra esta idea de generar un modelo de país, diferente al orden antiguo que vislumbraba Sarmiento.

1. El Facundo y la fijación de creencias

Partimos de una idea de ciencia que pretende la autorregulación de los seres humanos. ¿Cómo alcanzar ese conocimiento, de qué manera lograr que una serie de percepciones se transformen en socialmente válidas para el bien común? En este punto son precisas las afirmaciones que realiza Juan Samaja (2003a), que sugiere atentar contra los cánones científicos de unos presuntos sabios erigidos en un Olimpo pagano. Persistir en este propósito significa negar una metodología general del conocimiento, que también incluye otras variantes del supuesto conocimiento no científico. Por lo tanto una teoría de la investigación científica deberá

renunciar al dogma del método científico:

“Imaginar que la naturaleza del trabajo científico consiste en seguir mansamente lo que *presuntos* sabios científicos dicen que son sus cánones es extremadamente comprometedor con dos de los rasgos más apreciables de la ciencia: su creatividad y su historicidad. [...] Y junto con ello, corremos el seguro riesgo de romper todo diálogo con las restantes formas de la cultura: en particular, con eso que vagamente se llama ‘conocimiento ordinario’ o ‘sano sentido común’” (Samaja, 2003a).

Si consideramos que el conocimiento científico es una de las formas derivadas de la opinión, que se diferencian de las demás por un cierto método de fundamentación y contrastabilidad, queda por preguntarnos qué otras formas del conocimiento no caben dentro de esta consideración. Por otra parte, si realizáramos una exégesis del conocimiento científico, quedarían por fuera de nuestro alcance otras maneras de lograr un conocimiento válido para la existencia de la sociedad. Aquí es pertinente considerar que otras formas que también regulan las relaciones humanas intervienen en el camino de alcanzar el conocimiento, aunque carezcan de la rigurosidad de un método fijado con antelación.

Estas formas de conocimiento desechadas por los cánones científicos son recuperadas y analizadas por Charles Peirce (1988). Peirce en *La Fijación de las Creencias* retoma cuatro métodos: método de la tenacidad; de la autoridad; de la metafísica; de la ciencia. Según Samaja (2003^a) el aporte de Peirce radica en que los examina a todos como si tuvieran ganado legítimamente un lugar en la vida por referencia a la función que cumplieron o eventualmente siguen cumpliendo en el logro de objetivos vitales.

Es interesante la afirmación sobre las posiciones de sujeto que habla Peirce, cuando una creencia se edifica sobre un conocimiento, que este sujeto considera válida para sí mismo. Hay una cierta tensión entre el saber y la creencia –nunca resuelta–, que juzga como condicionante para que el sujeto presienta como verdadera a su creencia fundada. Además denota un cierto posicionamiento político de quien sostiene su creencia frente a otros interlocutores, trascendiendo las fronteras de lo discursivo, para argumentar una postura, para convertirla en una creencia firme y abandonar la duda.

“La duda es un estado de inquietud e insatisfacción del que luchamos por liberarnos y pasar a un estado de creencia; mientras que este último es un estado de tranquilidad y satisfacción que no deseamos eludir o cambiar por una creencia en otra cosa. Al contrario, nos aferramos tenazmente no meramente a creer, sino a creer precisamente lo que creemos” (Peirce, 1988).

En la propuesta que estamos haciendo, pretendemos que pueda hilarse las formas de fijar creencias que otorga Peirce, más las reformulaciones que realiza al respecto Samaja, leídas a la luz del *Facundo* de Sarmiento para implementar otro modelo de sociedad.

1.1- La tenacidad

Este método de fijar creencias se basa en la toma de posiciones sobre determinadas formas del conocimiento, sin todavía dar lugar a las confrontaciones que pudiera realizar otro sujeto sobre el mismo tema. Un sujeto puede adoptar algunas ideas en relación con una cuestión en particular, y defenderlas sin importar el grado de razón o lógica que puede sostener en una contienda específica. Otra forma de denominar este método, es el método de la intuición (Samaja, 2003^a).

Aquí la percepción visual es la variable fundamental para seguir este método. Implica involucrarse emocionalmente, sin más remedio que la presencia inmediata en esos escenarios donde se ansía quitar una duda. Peirce mantiene que adoptar este camino conlleva la oportunidad de reafirmar las impresiones propias del ser humano, para seguir en su estado actual: “El hombre siente que sólo se encontrará plenamente satisfecho si se adhiere sin vacilar a su creencia. Y no puede negarse que una fe firme e inamovible depara una gran paz mental” (Peirce, 1988).

Las características principales de este método serían las siguientes: “a) inmediatez; b) involucramiento personal-corporal; c) individualismo e incomunicabilidad; d) emotividad; e) resistencia (individual) al cambio; f) holismo o totalismo; g) presencia actual del pasado (u olvido de la historicidad o *recaída en la inmediatez*)” (Samaja, 2003^a). Este método también forma parte de lo que Samaja denomina como propio de los organismos biológicos, del individuo en el sentido estricto del término. El sujeto es un espécimen, que conoce por la presencia y por el solo hecho de poner el cuerpo, estar ahí.

En el recorrido propuesto con *Facundo*, también podemos encontrar una suma de apreciaciones en sintonía con el método de la tenacidad. (Es oportuno recordar que los cuatro métodos –*tenacidad, autoridad, reflexión, ciencia*– conviven en relaciones constantes y donde cada uno contiene al otro, y así sucesivamente donde los superiores tienen vínculos con los inferiores).

Sarmiento comienza por mencionar una serie de características geofísicas de la Argentina, que influyen en el temperamento de los habitantes de este suelo. Hay una relación casi simbiótica entre la tierra y las maneras de proceder de los individuos que todavía no han podido constituirse en sociedad. Priman las relaciones surgidas de la fuerza misma de la naturaleza, donde el más fuerte se convierte en el sujeto que marca el diseño de su oponente.

La fuerza de la naturaleza se presenta como uno de los obstáculos a vencer para poder generar nuevas formas de perseguir el progreso, dominar la persistencia de la tierra que entrega un paisaje, que al convivir con él, es propicio a generar ciertas conductas de los sujetos.

“Muchos filósofos han creído, también, que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad. [...] Así en materia de caminos, la naturaleza salvaje dará la ley por mucho tiempo, y la acción de la civilización permanecerá débil e ineficaz” (Sarmiento, 1999: 21).

El punto de condensación de estas argumentaciones que realiza Sarmiento, se encuentra en el axioma “el mal de la Argentina es la extensión”. De esta forma responsabiliza la carencia de un proyecto político a la geografía, entre otras cosas, como también el poder de estructurar una personalidad incapaz de dominar y regular el escollo que la naturaleza le presenta.

Así, el hombre argentino que no vive en la ciudad está casi condenado a sobrevivir en un estado biológico exclusivamente. Para el marco de valores occidentales, esta forma de vida excluía otras formas de entender la cultura por carecer de parámetros lógicos, o bien ricos en criterios estéticos románticos. La presencia actual del pasado es una constante en la vida argentina del siglo XIX que Sarmiento denuncia con furia. Además puede establecer un patrón del individuo tipo de la llanura pampeana:

“Por lo demás, de la fusión de estas tres familias -la española, la negra y los zambos- ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. [...] Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido” (Sarmiento, 1999: 23).

Es interesante poder observar que una de las características que más ofuscan a Sarmiento consiste en la persistencia de estos seres humanos de seguir viviendo de esta forma; son incapaces de sumarse al mundo industrial, al trabajo y a reconocer las exigencias de las clases sociales conformadas. El método de la tenacidad traza unos imperativos propios para fijar creencias, donde no se tienen recuerdos históricos, sino el presente que dicta la acción de la naturaleza para poder subsistir. De allí deviene continuar con esta forma de vida, sin hacer oídos a los intentos por abandonarla, porque no se tiene el recuerdo de una época pasada que haya sido diferente. Por otra parte, es tan grande la implicancia del cuerpo que no se ansía cambiar, y prescindir de las formas de generar sentidos que se tiene hasta el momento. Sarmiento reconoce esta forma de vida y la describe, en un tono que oscila entre la poesía y el rechazo, con las formas de poner el cuerpo y lo que la corazonada le dicta hacer, al hombre del campo del siglo XIX:

“La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho, las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. [...] es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales, para el que nunca conoció mayores goces [...] De manera que si esta disolución de la sociedad radica hondamente la barbarie, por la imposibilidad y la inutilidad de la educación moral e intelectual, no deja, por otra parte, de tener sus atractivos” (Ibidem: 31).

El propósito final que pretendía Sarmiento con el *Facundo* era describir la vida de Juan Facundo Quiroga para atacar por extensión a su antagonista, Juan Manuel de Rosas. Los paralelismos que traza entre ambos son deliberados, y persiguen los intentos de demostrar que el “orden viejo” continuaba vigente en la figura de quien gobernaba el país por entonces. Tanta barbarie, encarnada en una naturaleza casi imposible de dominar, se prestaba a modelar personalidades tiránicas como la de Quiroga y Rosas. Ambos personajes son descritos como poco afectos a relaciones humanas civilizadas, carentes de todo roce social que les permitiera incluirse dentro de una sociedad industrializada.

Sarmiento ilustra, en reiteradas oportunidades, situaciones donde Quiroga se encontraba en el frente de batalla de las guerras civiles que surcaron la Argentina durante el siglo XIX. Allí Quiroga se muestra intempestivo, actuando con celeridad y sin el beneficio de la duda, o bien, la mínima planificación racional de sus actos. En el interior de estas situaciones límites, el involucramiento corporal de Facundo llega a su punto máximo: juega su vida en cada instante que su creencia por sus destinos imaginados del país que busca gobernar. Hay un presunto individualismo de parte de este personaje en su manera de actuar sin consultar a sus pares, hacer lo que la intuición le dicta, o bien lo que su *corazón* le sentencia realizar.

Sarmiento entrega varias “postales” donde se observa claramente la resistencia al cambio de los habitantes del país. La persistencia de proceder y costumbres que impiden el progreso, se transforman en las constantes vallas que se tendrán que modificar para lograr un Estado con todas las de la ley. Se deberán cambiar los hábitos del conjunto de la población que queda en la barbarie, y en la ausencia de la idea de un futuro, que les permita estructurar un horizonte de posibilidades que contenga todas las expectativas de una población. Es importante mencionar, que para Sarmiento, es imposible crear un Estado con la intuición como único medio para fijar creencias; persistir con las corazonadas de un individuo, puede configurar a un gran militar pero nunca a un buen estadista.

1.2- La autoridad

En caso de perdurar los intentos de fijar creencia por intermedio del método de la tenacidad, se observará que el conjunto de la sociedad misma lo rechaza. Resulta imposible mantener por primacía de la corazonada, una percepción frente a otras cadenas de argumentos que prueban la inviabilidad de la misma.

Por esta razón, se reconoce otro método para fijar creencias denominado por Charles Peirce como *método de la autoridad*. Todos los hombres luego de una suma de intercambios sobre un tema, pueden verse tentados a modificar sus posiciones iniciales y esto representaría un salto cualitativo al respecto.

“A menos que nos transformemos en eremitas, nos influimos necesariamente en las opiniones unos a otros; de manera que el problema se transforma en cómo fijar la creencia, no meramente en el individuo, sino en la comunidad” (Peirce, 1988).

El individualismo entra en colisión con los acuerdos mínimos que requiere como necesarios la vida en una sociedad. Peirce reconoce que este método utiliza una serie de cadenas de transmisión para que los sujetos en formación adhieran a una creencia por fuerza de la autoridad. Podemos observar la primacía que tienen las instituciones escolares en este punto, quienes tuvieron un papel fundamental en la adopción de determinadas doctrinas políticas y teológicas.

Samaja reconoce que la vida comunitaria y familiar constituye el escenario donde se aprende la lengua, el valor de lo bueno y lo malo, y de lo sagrado, etc.

“Peirce comete un lamentable error al identificar el método de la *autoridad* con el método propio de los Estados. En verdad, este método hunde sus raíces en etapas muy anteriores al surgimiento de los Estados ya que impera en todos los conjuntos gregarios humanos presentables: en las bandas, en los clanes, en las tribus... El método de la autoridad es el método de la tradición. La autoridad por antonomasia es la Comunidad misma, con sus costumbres inveteradas, ancestrales y que escapan a todo examen crítico” (Samaja, 2003^a).

La autoridad impuesta es el mejor recurso para fijar creencia en una comunidad que todavía carece de leyes que regulen los intercambios entre los individuos que la componen. La verdad aparece asociada con las tradiciones, y permite que los sujetos puedan actuar en consonancia. “Los rasgos dominantes del conocimiento que produce el método de la tradición son los siguientes: a) mediación didáctica; b) comunicabilidad; c) colectivismo; d) fijeza o inmutabilidad; e) carácter involuntario o supraindividual; f) carácter indiscutible; g) constante referencia a la historicidad” (Ibídem).

Sarmiento se ubica en un pliegue de la historia argentina entre la comunidad guiada por los andamiajes de la tradición, y en los inicios de un Estado que se estaba formando, con avances y retrocesos, coadyuvados por las resistencias a los cambios. El peso de la comunidad es primordial en esta etapa, que enfrentaba las imposiciones de la naturaleza y se estaban conformando pequeñas comunidades. La tradición permitía en estos momentos el nucleamiento alrededor de ideas fuerza –mitos–, que entregaba la oportunidad de establecer divergencias con un exterior amenazante a la propia comunidad. De allí se impone la necesidad de diferenciarse con el afuera y, a la vez, de reforzar los vínculos entre los integrantes de la comunidad.

La figura de Quiroga se erige como un símbolo de la vida comunal. Es él quien dicta los sentidos que se tienen que imprimir sobre ciertas acciones, para desde allí establecer las fijaciones que permitan juzgarla desde un único ángulo de comprensión. Sarmiento reconoce las adhesiones que despierta entre las distintas comunidades por las que pasa Facundo; están revestidas del manto de la autoridad bárbara de la naturaleza y la tierra, como elementos capaces de coartar un destino humano.

“[En una oportunidad un juez pide a Facundo su papeleta de conchabo]. Facundo aproximó su caballo en ademán de entregársela, afectó buscar algo en el bolsillo, y dejó tendido al juez de una puñalada. ¿Se vengaba en el juez de la reciente pérdida (de setenta pesos en una partida de naipes)? ¿Quería saciar el encono de *gaucho malo* contra la autoridad civil y añadir este nuevo hecho al brillo de su naciente fama? Lo uno y lo otro. Estas venganzas sobre el primer objeto que se presentaba, son frecuentes en su vida” (Sarmiento, 1999: 74).

Puede percibirse una línea de continuidad de los mandatos de un caudillo en el frente de batalla, con los imperativos dictados por un jefe de una comunidad sobre aquello que debe hacerse para preservar un orden interno en constante amenaza desde el afuera. Si hay un desafío a la verdad, se manifestará, entonces, la fuerza de la autoridad para recomponer los vaivenes que atentan contra la fijación de esa creencia en particular. Los recursos son impuestos por una supremacía física y simbólica, que adhieren todos los miembros de una comunidad y a la vez impregna todas las relaciones sociales; es notoria, la admiración que motiva en Sarmiento, la fidelidad que despierta en sus seguidores Facundo más allá de sus excesos. Es notorio el esfuerzo de Sarmiento por resaltar con intereses manifiestos, anécdotas o episodios que justifiquen el carácter despótico de Quiroga. La fuerza argumentativa radica en la acumulación de acontecimientos de este tipo, donde el peso de la creencia a erradicar se contiene en la forma de vida bárbara e incivilizada, por oposición a la vida de la ciudad tan pulcra en sus proceder y labores.

Por otra parte, la figura de Quiroga tiene los ribetes exasperados de la voz del mando que excede el campo de batalla. El retrato

hace prevalecer los tonos fuertes en las relaciones sociales, en los intercambios entre el superior y el subordinado, que continúa su expansión en la maquinaria microscópica que circunscribe el sentido social. La tradición reserva los rasgos monolíticos que tiene la palabra figurada en *Facundo*, por una preeminencia de la inmutabilidad sin oponentes precisos o definidos en el interior de su propia comunidad. Hay una intención subrepticia de establecer referencias a un tiempo, donde las comunidades no tenían los privilegios actuales, y por lo tanto, hacer perdurar los designios del caudillo que delimita los aspectos positivos y negativos de las cosas.

La autoridad también se utiliza para generar la imposición de normas por el peso de las armas. La violencia, que Sarmiento ve tan bien en Quiroga pero que no reconoce en su propia pluma, es el recurso que se utiliza por excelencia en los dictados de sentencia de quienes amenacen la comunidad. El punto extremo que se observa en *Facundo* son los fusilamientos de los opositores frente a todo el pueblo, sin ninguna ley que los juzgara y aunque su dictamen fuera en la misma dirección que la muerte.

1.3.- La metafísica

El tercer método para fijar creencias consiste en el de la *metafísica*. Supone el abandono de las insistencias en las adhesiones fervorosas a las creencias surgidas de la tenacidad o de la imposición arbitraria de una autoridad competente. Implica otra forma de generar sentidos y posiciones de sujeto, que difieran de las restantes para dar lugar a otra que reserve un cierto grado de racionalidad. Se requiere aquí, al menos en una parte, hechos que no tienen que ser necesariamente observados como los pertenecientes a la ciencia metafísica.

“Tiene por consiguiente que abandonarse la adhesión entusiasmada a una creencia y su imposición arbitraria a otros. Hay que adoptar un método nuevo y diferente de establecer opiniones, que no sólo produzca un impulso a creer, sino que decida también cuál es la proposición a creer. Liberemos pues de impedimentos la acción de las preferencias naturales, y que los hombres, bajo la influencia de éstas, conversando unos con otros y considerando con las causas naturales. Este método se parece a aquél mediante el cual han madurado las concepciones artísticas. El ejemplo más perfecto del mismo se encuentra en la historia de la filosofía metafísica. Usualmente los sistemas de este tipo no se han basado en hechos observados, al menos no a un cierto nivel relevante” (Peirce, 1988).

En cierta forma se persigue la luz de un fundamento que entregue la posibilidad de alcanzar acuerdos de convivencia entre los sujetos. Sin embargo, según lo identifica Peirce, puede seguirse este método pero reconociendo que en algunas oportunidades hace la indagación una cuestión meramente de gustos de los sujetos. Por ello, se pueden reconocer los vaivenes que tuvieron los metafísicos entre una filosofía material y otra espiritual:

“Desde el punto de vista de la razón este método es mucho más intelectual y respetable que cualquiera de los otros dos a los que nos hemos referido. Ciertamente, en la medida en que no pueda aplicarse ningún método mejor debe seguirse éste, pues es entonces la expresión del instinto la que tiene que ser en todos los casos la causa última de la creencia. Pero su fracaso ha sido de lo más patente. Hace de la indagación algo similar al desarrollo del gusto; pero el gusto, por desgracia, es siempre más o menos una cuestión de moda, por lo que los metafísicos no han llegado nunca a un acuerdo fijo, sino que desde los primeros tiempos hasta los últimos el péndulo ha estado oscilando hacia adelante y hacia atrás entre una filosofía más material y otra más espiritual” (Ibídem).

Samaja (2003^a) agrega otras formas de denominar a este método. Lo llama el método de la reflexión, del Estado, de los principios filosóficos, porque está regido por leyes que nacen de la reflexión y debates propios de los Estados; quedan a un lado las comunidades, que instauraban sus posiciones por la fuerza de la autoridad. Reconoce que un Estado tiene que ubicar en examen público las leyes que promulga para resolver situaciones problemáticas. La aparición de este método viene cuando las comunidades entraron en una crisis terminal que las disolvió. Surgieron otras formas de deliberación y de resoluciones colectivas, que terminaron así con los imperativos compelidos por la voz de la fuerza.

La razón comienza a jugar un papel preponderante en el método de la reflexión, como una mirada escrutadora de todas las posibilidades vertidas para alcanzar una creencia:

“El núcleo mismo del método de la reflexión es un concepto que desafía a nuestra inteligencia de manera extrema: nos referimos a la idea de ‘Razón’ y su derivado, la noción de lo ‘razonable’, ya que son ellos los términos que ocupan el centro de este método. En efecto, decimos que el método de la reflexión es aquel procedimiento que busca resolver las situaciones de duda mediante el examen de las diversas creencias propuestas, procurando establecer cuál de ellas es la más razonable” (Samaja, 2003^a).

La escritura tiene un lugar primordial en este método para que no se cambien las reglas del debate, y así confrontar las posturas que entran en la contienda, sin ser modificadas por la presión de las amenazas de derrota de una postura. Es así, como pueden

ser observadas todas las posiciones para tomar una consideración sobre una determinada creencia, pero luego de haber observado todas las planteadas. El sujeto elige una postura que verifique como la más razonable, la mejor fundamentada sobre la base de todas las opiniones de la sociedad en general que estuvo inmiscuida en el debate.

Samaja afirma que este método no difiere mucho del de la autoridad. De esta forma se pueden reconocer límites en la fijación de creencias, sobre todo en la pretensión de universalidad que tiene este método, pero que pocas veces consigue.

“En síntesis, así como el método de la tenacidad encuentra su límite insuperable en la necesidad de los acuerdos interindividuales (es decir, comunitarios), y el método de la autoridad, en los límites de la tradición para acompañar las transformaciones en las relaciones de apropiación conforme a la evolución de los sistemas productivos, el método de la metafísica encuentra su frontera insuperable en el hecho de que sus ‘catedrales’ conceptuales, destinadas a albergar a *todos los espíritus de buena voluntad*, hundan sus cimientos, pese a todo en fundamentos particulares (los ideales o las ideologías que mueven a las voluntades de sus seguidores). Esto torna al método de la metafísica en un método impotente para alcanzar acuerdos estables y genuinamente universales. Es decir, acuerdos en torno a creencias que puedan ser compartidas con independencia de las ideologías de los sujetos y de sus comunidades o filosofías de origen” (Ibídem).

En *Facundo* se intenta llevar todos los debates a un plano que exceda la imposición arbitraria y la fuerza de la naturaleza. Continuar con estas formas de significar –es decir, otorgar sentidos– sería improcedente para la edificación de un Estado, que ubicara a la Argentina por sobre un orden que no fuera el “feudal”. Era necesario salir de conflictos y debates que fueran resueltos sin reglas definidas, fijadas con la antelación que permitiría una incipiente sociedad de derechos. Las fluctuaciones que pueden avistarse en este sentido, donde por momentos se estaba más cerca de un orden comunal, y por otros, del surgimiento de una sociedad de clases, correspondían a los tiempos históricos que atravesaba el país por entonces.

Sarmiento tenía presente que era necesario conformar un Estado, con reglas claras para el ejercicio de los derechos, pero que la vez permitiera el abandono de ciertas maneras residuales del arcaísmo y que otorgara los puntales para poder ingresar al orden mundial. Todavía no se veían todas las condiciones históricas y sociales para que esto sucediera, y sin embargo podemos encontrar en este documento los aditamentos para un proyecto de país.

En este método de fijación de creencias se encuentra una nueva posición de sujeto. Estamos haciendo mención al *ciudadano*, que emerge de una nueva forma de regular las relaciones sociales entre un poder autoritario, casi supremo como el Estado, con las distintas individualidades que lo componen. Al promoverse los derechos y las obligaciones de todos los habitantes de un territorio específico, tendrían que salir de la escena principal la preponderancia de la tenacidad y la autoridad como instrumentos de fijación de creencias. Los acuerdos mínimos necesarios para este momento requerían de un grado de reflexión, implícito en la indagación metafísica, que presentara todas las posibilidades de acción para poder optar por la más razonable. De esta manera la escritura se convierte en un elemento esencial para este método.

“Como no hay letras, no hay opiniones, y como no hay opiniones diversas, La Rioja es una máquina de guerra que irá adonde la lleven. Hasta aquí, *Facundo* nada ha hecho de nuevo, sin embargo [...]. Pero en un mundo de ideas, de intereses contradictorios, se agitaba fuera de La Rioja, y el rumor lejano de las discusiones de la prensa y de los partidos llegaba hasta su residencia en los Llanos” (Sarmiento, 1999: 95).

Sarmiento muestra que es imposible construir un Estado sin la escritura, donde se verifiquen los caminos elegidos y pueda ir conformándose un espacio de discusiones para los nuevos requerimientos que se necesitaban. El ciudadano tendría todos los derechos, que el Estado garantizaría, para poder hacer uso de la libertad dentro de los parámetros de la ley. La tan ansiada pretensión de universalidad es digna de ciertos tratos que una clase dirigente tendría que entregarles a todos los ciudadanos.

Otro dato que resulta imprescindible tener en cuenta dentro del recorrido que venimos proponiendo, surge de las intenciones deliberadas de Sarmiento de terminar –desde los planos conceptuales, filosóficos e ideológicos– con los símbolos que encarnaban Quiroga y Rosas. Ya no era necesario ejercer la violencia física o la voz autoritaria para horadar estos personajes emblemáticos, sino imponer los argumentos de las ideas. El modelo de Estado que estaba emergiendo lo requería para continuar su *ruta* hacia el progreso ilimitado.

1.4- La ciencia

El último método que encontramos en Peirce corresponde al que atañe a la *ciencia*. Las anteriores formas de fijar creencias dependían exclusivamente de las operaciones internas y/o subjetivas de los actores involucrados, tan predisuestas a los cambios del sentido. Por lo tanto, se vuelve imperioso encontrar otro camino para la determinación por un recurso externo, que carezca de las afectaciones que pudiera recibir nuestro pensamiento.

“Y aun cuando tales afecciones son necesariamente tan diversas como lo son las condiciones individuales, con todo el

método ha de ser tal que la conclusión última de cada una sea la misma. Tal es el método de la ciencia. Su hipótesis fundamental, expresada en un lenguaje más familiar, es ésta. Hay cosas reales cuyas características son enteramente independientes de nuestras opiniones sobre las mismas; estos reales afectan a nuestros sentidos siguiendo unas leyes regulares, y aun cuando nuestras sensaciones son tan diferentes como lo son nuestras relaciones a los objetos, con todo, aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonar cómo son real y verdaderamente las cosas; y cualquiera, teniendo la suficiente experiencia y razonando lo bastante sobre ello, llegará a la única conclusión verdadera. La nueva concepción implicada aquí es la de realidad" (Peirce, 1988).

La prerrogativa del método científico consiste en que las opiniones del sujeto coincidan con los hechos que se observan. A partir de entonces, la elección que se toma adhiriendo a los patrones de la ciencia, es mucho más válida que una disquisición intelectual. En cierta medida hay un corrimiento de la fuerza que los hábitos proponen —en varias oportunidades— sin argumentos que los sustenten. Gracias a esto es posible establecer leyes regulares que guíen el proceso, sin perderse por la fuerza de los emergentes que atentan contra objetivos claros.

Samaja agrega otras definiciones sobre este método científico: *método de la eficacia*, de la *sociedad civil globalizada*, de las *relaciones contractuales*, de la *ciencia en sentido restringido*. Las características generales se amparan en un problema dado, se sigue una hipótesis determinada, que si es válida se toma como punto de partida. He aquí las diferencias con los métodos anteriores:

"Es preciso avanzar hasta un método que sin condenar *a priori* ninguna creencia (admitiéndolas, en principio, a todas a título de hipótesis) proponga algún procedimiento para zanjar la cuestión de la *mejor hipótesis*, o la más digna de crédito. A esa cuestión responde precisamente el método de la ciencia sosteniendo que *deberá ser adoptada aquella creencia que resulte más eficaz para predecir el comportamiento del objeto al cual se refiere, lo que deberá constatare de modo directo, construyendo consensuadamente los contextos en los que se deberán efectuarse las constataciones preceptuales mismas* (es decir, la base empírica). Cada sujeto deberá establecer por sí mismo, mediante sus propias capacidades perceptivas, si las consecuencias de la hipótesis examinada, se verifican o no se verifican" (Samaja, 2003^a).

Ahora, las percepciones salen de las órbitas exclusivamente individuales, para pasar por la mediación de la comunidad y de las instituciones escolares, buscan posicionarse como quien prevalecerá por sobre la tenacidad, la comunidad y la metafísica. Se vuelve imperioso alcanzar comprobaciones empíricas que entreguen certezas sobre los objetos de estudio de la ciencia; se trata de correr a un lado las fabulaciones, a las que tiende una filosofía de tipo especulativa.

La ciencia reserva, para la sociedad en general, un componente predictivo sobre ciertos fenómenos. Frente a un acontecimiento para el cual existen un conjunto de reglas determinadas, que puede establecer las regularidades del mismo, se desechan al percibir un comportamiento imprevisto. Cuando al menos se observa una característica no contenida en la regla consensuada, tendrá que plantearse otra hipótesis con su meticuloso método de búsqueda. De ahí la importancia en la fijación de creencias en la ciencia, sobre la *eficacia* para anticipar los hechos:

"Ahora bien, esta apelación a los hechos que caracteriza a la ciencia no sólo funciona como un criterio de validación, sino también como un nuevo modo de orientar los descubrimientos. Es decir, la experimentación no sólo como un *test* para determinar la *bondad de una hipótesis* sino también como un camino para alumbrar nuevas hipótesis. (...) Ya no nos podemos detener ante preguntas de extremada generalidad como ¿qué es la inteligencia? O ¿cuáles son los factores que intervienen en los procesos formadores de inteligencia?, sino que habrá que avanzar hasta alcanzar los niveles suficientemente particulares que posibiliten constataciones empíricas, por ejemplo: ¿qué relación guardan los procesos de socialización con las estructuras cognitivas?; y, particularmente, ¿de qué manera aparecen modificadas las estructuras cognitivas X cuando se alteran los procesos de socialización Z?, etcétera" (Ibídem).

La ilusión extendida de la eficacia en todos los niveles de relaciones es propia de las sociedades globalizadas actuales. Sin embargo, podemos encontrar algunos antecedentes precursores en la obra de Sarmiento que venimos analizando. Claro está que resulta imposible erigir los paralelismos por los siglos de diferencias que se encuentran entre ambos contextos históricos. Todavía en la época del *Facundo* se podían realizar preguntas e investigaciones de un carácter especulativos, por los albores de un romanticismo que dictaba los tiempos de los interrogantes.

Hay un punto de conexión entre los polos de nuestro recorrido que habría que observar con detenimiento. Sarmiento expone todas las evidencias para abandonar un orden arcaico que impedía el ingreso de Argentina a un mercado mundial industrializado; todo esto, arriesgando algunos lineamientos políticos, pero sin precisiones sobre el lugar del país en ese nuevo tiempo histórico. Sarmiento sabe que, para realizar su propósito de llevar al país a un nuevo orden, es necesario terminar con la figura de Facundo Quiroga. El énfasis puesto en el capítulo dedicado a la emboscada en Barranca Yaco apuntala esta idea, la rigurosidad de la

descripción y el tono del discurso empleado amplifican el anhelo de Sarmiento de desterrar al símbolo de la “barbarie”. Propone una crítica a todo lo realizado por Juan Manuel de Rosas en el país que lo sumió en el atraso tan temido. Sin una estructura industrial que genere capitales y el manejo del gobierno como si fuera nada más que una gran estancia, son los puntos principales que impiden ese progreso:

“Porque él (Rosas) ha puesto a nuestros ríos interiores una barrera insuperable, para que sean libremente navegados, el *Nuevo Gobierno* fomentará, de preferencia, la navegación fluvial; millares de naves remontarán los ríos e irán a extraer las riquezas, que hoy, no tienen salida ni valor, hasta Bolivia y el Paraguay [...].

“Porque él ha destruido los colegios y quitado las rentas a las escuelas, el *Nuevo Gobierno* organizará la educación pública en toda la República, con rentas adecuadas y con Ministerio especial, como en Europa, como en Chile, Bolivia y todos los países civilizados; porque el saber es riqueza, y un pueblo que vegeta en la ignorancia es pobre y bárbaro, como lo son los de la costa de África, o los salvajes de nuestras pampas” (Sarmiento, 1999: 239).

A este fragmento de denuncia, que Sarmiento reitera en todos los órdenes posibles, se agrega un cuestionamiento a los bloqueos que tuvo que sufrir la Argentina de parte de Inglaterra y Francia, por la impericia de Rosas. La organización de *Facundo*, sobre todo en la última parte, acusa y, a continuación, propone una cadena de acciones para poner en marcha y sacar al país del atraso en el que estaba sumido.

En este método de la ciencia visto desde la óptica del *Facundo*, observamos que para poder perseguir la eficacia son necesarias, para el conjunto de la sociedad argentina, una cadena de relaciones contractuales entre sus integrantes. Si se tiene el propósito de abordar la entrada al mundo, sería pertinente que existan reglas claras para facilitar el intercambio, y además, una suma de derechos que les entregue a los ciudadanos una relativa estabilidad jurídica. De lo contrario, sería imposible alcanzar la civilización que garantice este avance hacia el progreso.

Sarmiento como ideólogo de este proceso actúa con la referencia empírica constante y verificable en el seno de la sociedad argentina. Es así como su validación para justificar las acciones a desarrollar, y entregar a los demás una cierta previsibilidad de los rumbos que tomaría el Estado, por sobre ciertos manejos intempestivos de una figura como Rosas que obraba a su antojo, sin un dejo de racionalidad para los parámetros supuestamente civilizados.

2. La ciencia y el nuevo Estado

En el desarrollo que propusimos podemos reconocer que los cuatro métodos para fijar creencias se complementan, en el interior del pensamiento de Domingo F. Sarmiento. La tenacidad, la autoridad, la reflexión y la ciencia conviven en el proceso de formación de un Estado-nación. Ninguno puede ser descartado, en virtud de una preeminencia de uno por sobre los demás, sino que todos operan en diversos momentos para la fijación de creencias. A pesar de que puede reconocerse un cierto avance progresivo en la exposición realizada en el *Facundo*, las regresiones son constantes cuando el intento de argumentación – expuesta por el pensamiento de Sarmiento– lo requiere. Es aquí que puede mencionarse a la ciencia en un sentido amplio, que trasciende las restricciones de los avances científicos circunscriptos a las innovaciones tecnológicas.

La bisagra entre el orden viejo y el nuevo persiste en la consideración de un Estado en formación. Es decir, que los resabios de un estamento feudal se confunden con los vientos renovadores del progreso de las luces y que algunos sujetos pretenden arraigar en la Argentina del siglo XIX. Poder llevar adelante este propósito es preciso instaurar de a poco una nueva forma de otorgar sentido. Para ello, la principal acción se vincula con la implementación de una macrosemiótica escritural (Samaja, 2003c), que pertenece a un mundo jurídico-estatal donde la escritura es un factor fundamental. Resulta imposible imaginarse un conjunto de reflexiones como vimos sin el registro que posibilita la escritura; en el caso contrario, toda una suma de indagaciones de carácter filosófico u ontológico se perdería en el sinsentido.

Sarmiento realiza operaciones destinadas a erradicar los vicios del orden arcaico que se interponían en el camino de la conformación de un Estado liberal en comunión con el resto del mundo. Comienza por falsear las formas de inferencias -la abducción y la analogía- que puede reconocer en personajes característicos –el rastreador y el gaucho cantor respectivamente, y además, que no entregan la certeza del método hipotético deductivo. Hace uso del ejercicio del poder que detenta para imponer su visión del mundo, por sobre otras formas de fijar creencias que podrían llevar a la sociedad a apartarse de un objetivo final propuesto por el sanjuanino.

Para la formación del Estado, en los tiempos históricos del *Facundo*, era preciso diseñar mecanismos destinados a la regulación de sentidos y creencias. El punto final del proceso estaba destinado a la ampliación de un mercado de consumo, con la presunción de que si se continuaba con las estructuras antiguas sería imposible penetrar en un orden mundial. La maduración del capitalismo exigía una nueva producción de saberes y competencias que las instituciones educativas tendrían que brindar, junto con todas las relaciones contractuales que la sociedad habría adscrito, para ingresar en una economía diferente. La ciencia se

comienza a pensar, de a poco, como una instancia destinada a la reproducción de la economía de mercado y a ampliar un escenario de consumo para todos los ciudadanos que dispongan usufructuarlo. Hay una serie de mecanismos de fijación de las creencias que apuntala esta dirección, parecen descartar todas las otras oportunidades que atenten contra esta decisión de los actores sociales.

Entre esa disputa entre el orden cuasi feudal que reconocía Sarmiento en los inicios del Estado nacional y el nuevo orden de las luces y la integración, también existía una pelea por el sentido común. El sentido común es la praxis que le nace a un hombre por el modo en que vive (Gramsci, 2003a), y genera una nueva ciencia cuando el sentido común de una clase se impone por sobre el de otra. He aquí la mayor batalla ganada por Sarmiento con un documento como *Facundo* para enterrar los intentos de cristalización de significados de los sectores populares. A pesar de las contradicciones que genera la figura de Sarmiento, y sus maniobras políticas realizadas como intelectual orgánico (Gramsci, 2003b) de un liberalismo económico incipiente, es posible reconocer que quizás el *Facundo* sea el último proyecto de país que tuvimos. Promover otras alternativas sobre la construcción del sentido y la cultura depende de los esfuerzos que la comunidad científica esté dispuesta a realizar para perseguir el bien común.

Bibliografía

GRAMSCI, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003^a.

GRAMSCI, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003b.

PEIRCE, Charles, *La Fijación de las Creencias*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988.

SAMAJA, Juan, *Los caminos del conocimiento*, Buenos Aires, Mimeo, 2003^a.

SAMAJA, Juan, *El papel de la hipótesis y de las formas de inferencia en el trabajo científico. Primera parte*, Buenos Aires, Mimeo, 2003b.

SAMAJA, Juan, *Para una mirada panorámica del proceso semiótico de la investigación científica*, Buenos Aires, Mimeo, 2003c.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1998) *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Editorial Altamira.

SARMIENTO, Domingo Faustino (1999) *Facundo*, Buenos Aires, Editorial Altamira.